

LA DIRECCION DE LA ALBORADA

suplica a todas las personas que se interesen por esta publicacion, se sirvan tomar algunos números para espendellos en círculos obreros o bien entre sus relaciones.

Nuestra situacion

El ideal que en éstos momentos está preocupando a una parte de nuestro sexo, merece no solo nuestra atencion sino tambien la de toda persona amante de la igualdad y adelanto de los pueblos.

Ese ideal, la emancipacion e instruccion de la mujer, ha sido en éstos últimos tiempos mui debatido.

Muchos defensores ha encontrado; muchos han roto lanzas en pró de la emancipacion de la mujer obrera.

Pero... ¡triste es decirlo! no se han dado pruebas de verdadera sinceridad.

Con dolorosa sorpresa nos hemos impuesto muchas veces, del comportamiento que observan en el hogar algunos valientes partidarios del feminismo que, públicamente, protestan del yugo ignominioso que sobre nuestras cabezas pesa y que en diarios y periódicos piden una y mil libertades para su sumisa compañera de infortunio.

Con el alma acongojada por el mas cruel escepticismo, que nos hace dudar de todo, hemos penetrado en el hogar de uno de esos partidarios de la libertad de la mujer:

La amante esposa, cariñosa y humilde, implora mudamente con tiernas miradas un poco de compasion o amor de su indiferente compañero; un poco de libertad e instruccion que le permita desempeñar su papel de madre con mas capacidad.

Pero nada... el *propagandista incansable* del adelanto de la mujer se hace sordo a los ruegos de su esposa y solo por única respuesta, obtiene

frases amargas e hirientes que le recuerdan su misera condicion de esclava.

No ejerce, pues, la mujer en el hogar derecho alguno, ni menos es tratada con las consideraciones que merece, ni recibe educacion en armonia con las ideas callejeras de su esposo.

Y la eterna lucha continúa: a veces cruda y amenazante, cuando en el alma de la mujer brotan algunos destellos de rebelion ante el despotismo del hombre, y las mas de las veces, pasivas y sumisas, dado el carácter que se nos ha inculcado, de soportar pacientemente todas las tiranías.

No hai que decir todavia que nos hemos emancipado y que nuestro grado de adelanto es mucho.

Nó! la hora de nuestra completa emancipacion aun no ha llegado.

Debemos, aunque sea con sobrehumanos esfuerzos, empeñarnos en aprender a aborrecer las cadenas, sean cuales fueren; en grabar en nuestra alma el horror a los prejuicios, destinados solo a eternizar nuestro cautiverio.

Y digamos, tambien, a tanto luchador del mejoramiento social e intelectual del pueblo, que toda la libertad que anhelan, será siempre un fantasma mientras la mitad del género humano viva en humillante esclavitud.

Tócanos a nosotras mismas, si no nos acompañan con la debida sinceridad, procurarnos nuestro bienestar, para lo cual nos debemos desde luego poner en pié, con decision y valentía, y parafraseando a un notable pensador socialista, digamos: «nuestra emancipacion verdadera está en nosotras, debe ser obra de la mujer misma.»

CARMELA JERIA G.

Cómo emanciparnos?

Pensemos un poco.

Antes de entrar a combatir los males que nos oprimen y nos hacen la triste esclava del hombre y de la sociedad, busquemos cuáles son éstos y el origen de ellos.

La mujer, y al decir la mujer no solo hablamos de la obrera sino de la de todas las clases sociales, vive en un concepto falso de lo que es y como se le aprecia; mucho menos conoce ni piensa en la manera de hacer en su vida un triunfo seguro y estable.

La mujer es en la sociedad presente ni mas ni menos que un juguete de los caprichos del hombre, e inconsciente se prepara y se adorna para este deshonesto y humillante sacrificio.

¿Por qué? Veámoslo:

El brutal sensualismo del hombre que lo hace vivir solo para sus sentidos, busca y fomenta aquello que pueda halagar la vista y dar cumplida satisfaccion a sus pocos bondadosos pensamientos y deseos.

Así, para la pronta realizacion de lo que aspira, adula y endiosa a la mujer, levantándole pedestales de mentida gloria y cariño; tiende a su paso brillante alfombra de galantes flores, pero ¡all son flores que entre sus pétalos llevan siempre el veneno de su egoismo y su abyeccion. En todo aparenta ser decidido partidario de la emancipacion femenina, ¿pero qué hace? Vésele pronto a oficiar en el altar de la lisonja.

¡Hermosa arma emancipadora!

¿Acaso con incienso, con adulo, con ese arrullo poético y sentimentalista que arroba y enerva a las que lo reciben, váse a obrar la liberacion del sexo y alcanzar su progreso positivo? ¿No es ésto un canto de sirena que, traidora, quiere hacer dormir dulcemente al espíritu que aspira a la lucha y al triunfo?

Sí, así es. Nuestra emancipacion, como la de todos los esclavos, tiene que hacerse por los mismos que llevan la pesada y oprobiosa cadena, tenemos que nosotras mismas cortar los sombríos y odiosos eslabones; lo demas es sueño, es pura ilusion de calenturientos cerebros.

¿Que los hombres nos ayuden?... ¡Já, ja... jáaal... No tall... Ellos nos devuelven fervorosamente la sabrosa y desgraciada manzana del bíblico Eden.

Y por desgracia, la mujer se deja adular, se deja envanecer, cree en la mayoría de los casos que su hermosura y su dinaire es toda la fortuna del hombre que (la desea, no) la ama.

Hemos visto a las mujeres de la alta sociedad ir como verdaderas diosas por los paseos, a los teatros y a los bailes, repartiendo sonrisas, como un favor inmerecido a la barnizada corte de adulo.

nes que las cercan. ¡Infelices! cuán pobres y esclavas son!...

La vanidad masculina sigue, corteja y se humilla ante la hermosura, la gracia y la elegancia; pero el criterio y la dignidad del hombre, del verdadero hombre, a cuya compañía debe aspirar la mujer, se sonríe compasivo ante el lujo de manifestaciones de conquista que se le hacen, y solo observa y aplaude—no se humilla—ante la mujer modesta, de espíritu de trabajo, juiciosa y pulcra. Para ellos, la elegante, la mujer de mundo, no es más que una bonita flor, que, como una camelia, puede llevarse por vanidad en el ojal de su veston.

A mi juicio, el origen de la esclavitud que nos agobia, no es la ignorancia que nos envuelve, no es tampoco la poca libertad que tenemos para entrar a compartir con el hombre de los problemas que le dan los negocios de la vida, sino que pura y exclusivamente es nuestra poca juiciosa pretensión de agradarlos en sus vanidades y locuras.

La conquista debe empezar entonces por nosotras mismas, desprendiéndonos de todo aquel lujo que muchas veces nos es odioso, con que pretendemos agradar; no admitir y despreciar a los que nos traen lisonjas que nos humillan y dejar todo aquel cúmulo de cosas que dentro de nuestra vivienda, como fuera de ella, tienden a hacer de nuestra vida una eterna ficción; en una palabra: pongamos cortapizas a las tonterías y ridiculeces del hombre que procura agradarnos en nuestra vanidad.

Empecemos por esto y habremos dado un gran paso en la senda de nuestra libertad y clavado un agudo dardo en el corazón de los tartufos ridículos que procuran siempre favorecerse con nuestro estado actual.

¡Decisión y energía!

SELVA.

Defectos educativos Y SUS MALAS CONSECUENCIAS

Escusarán las simpáticas lectoras de LA ALBORADA aborde un tema que sin duda va a provocar apasionamientos y debates acalorados, graves disgustos a las niñas, malos ratos a las esposas y no pocos sonrojos a muchos jefes de familia que se creerán zaheridos.

Voi a aludir a los malos hábitos, o mas bien dicho, a la enseñanza por demás desastrosa que damos a nuestros hijos en el hogar.

A la educación empírica, defectuosa y llena de errores de las escuelas públicas, hai que agregar la que dan los padres con el ejemplo, su idiosincrasia y manera de ser tan lejos de los hábitos educativos y ejemplarizadores, que no es raro palpemos los funestos resultados, que día a día vemos en nuestra clase.

Los hijos de los obreros, no se educan para el trabajo, no se prepara su mente para luchar en la vida y abrirse paso con un cerebro nutrido de conocimientos científicos, que le den la técnica y posesión completa de un arte u oficio, si no que se le educa para doctor, abogado o ministro, cuando menos.

Nuestros compañeros de trabajo, cuando han podido independizarse de los efectos funestos del alcohol y mediante sus esfuerzos y economías han acumulado una pequeña fortuna, como escudo a su vejez, lejos de honrar el trabajo y su propia condición dando un oficio a sus hijos, hacen esfuerzos sobrehumanos por conseguirles un título.

Cuántos de éstos infelices no hemos visto que por sus ideas estrafalarias han ido a la ruina—y lo que es el colmo de la vergüenza y la desesperación—cuando han conseguido dar una carrera a sus hijos, se han visto despreciados por éstos.

¿Tienen derecho a quejarse? Yo creo que nó. Ellos mismos los han conducido a tales extremos.

¿No sienten vergüenza de su condición? ¿No reniegan de ser obreros? ¿no maldicen el trabajo y la hora en que aprendieron un oficio?

Pues bien, si tanto abominan del trabajo, si tanto se avergüenzan de ser trabajadores y ganarse el pan con sus manos, ¿cómo quieren entonces que los hijos, a quienes desde chicos se les inculca en el alma sentimientos de vanidad y orgullo, no se sientan humillados de sus ascendientes, los miren en menos desde sus puestos superiores y hasta nieguen que son sus padres?

Si salen botarates y libertinos, ¿han hecho algo por inculcarles hábitos de ahorro y sobriedad? ¿No ven ellos que sus padres llegan el sábado y domingo ebrios, hablando obscenidades y lo que es mas infame aun, pegando a su esposa?

Confesémoslo, la inmensa mayoría de nuestros defectos los debemos a nosotros mismos. Somos descendientes de quijotes: los que se han independizado de los vicios y se consiguen unas pocas comodidades, se enorgullecen tanto que miran en menos a sus iguales y hasta se avergüenzan de sí mismos, y cuentan utilidades, situaciones y fortunas que no tienen; los que ganan un regular jornal, viven en el ocio y holgura gastando mas de lo que ganan en jeneral, todos o casi todos, queremos aparentar que somos ricos. Son pocos, pero muy pocos, los que no niegan su condición, ni se avergüenzan de ella, sino por el contrario tienen a orgullo vivir del trabajo diario y no se sienten humillados por su honrosa medianía, de lo que no son en modo alguno responsables, puesto que no ha estado en ellos hacer ricos.

Los males son manifestos: casi no hai un hogar feliz; hemos perdido por completo los hábitos de trabajo, de sobriedad y ahorro y vivimos en un eterno jolgorio, sin preocuparnos de nada ni por nadie. El mañana no nos preocupa y si llegamos a hacerlo es

para renegar de nuestra condición y sembrar males mayores.

Esto es lo que hacen los padres en lo que se relaciona con la educación de sus hijos y si fijamos los ojos en las madres no es superior el ejemplo, ni mas sabia la lección que dan a sus hijas.

RICARDO GUERRERO O.

(Continuará.)

Emancipación social de la mujer

Han trascurrido largos años y la mujer no ha podido aun cumplir su misión, ni encontrar los nuevos horizontes a las vehementes aspiraciones de justicia y libertad.

No obstante nuestra actitud sumisa, llegó la época en que abriéndonos paso ante la verdad y la justicia, buscamos el progreso por medio de la sociabilidad que es la fuente productiva en el cual se recibe el sabroso fruto de la instrucción, tanto moral como intelectual, ansiando de ésta manera establecer la igualdad.

Entonces la mujer realizará la hermosa obra de emancipación social, que aspiramos en la sociedad moderna, rompiendo así las cadenas de la servidumbre en que hemos permanecido en todas las edades.

Hoy queremos conquistar un puesto mas honroso: queremos que la semilla de la instrucción se desarrolle en nuestras facultades mentales.

La mujer ha estado siempre sometida al despotismo, vejando en la ignorancia.

La sociabilidad nos libertará, engrandeciéndonos.

¿Por qué entonces no contribuimos todas a edificar el templo para nuestra felicidad, donde la sociedad femenina tenga el horizonte vastísimo de la virtud?

Esta es la obra mas noble y mas hermosa que transformará por completo a la mujer.

Para dar nuestros primeros pasos en esa senda, necesitamos fortalecer nuestro cerebro con la vivificante luz del saber.

Nuestra misión es procurar la prosperidad y felicidad de los pueblos, evitando el despotismo y la tiranía.

BAUDINA PESSINI T.

Chañaral, Enero 1907.

¡Huyeron!

Sí... huyeron aquellas ilusiones... Aquellas ilusiones de una mente soñadora, que en momentos de